

Después entró en la calle de Toledo y siguió por el Largo Mercatello, Puerto de Alba y el Largo de la Piña hasta salir al camino de Capua, donde el ejército debía hacer su primer alto, mientras el rey daba el último adiós en Caserta á su mujer, á sus hijos y á sus canguros. Pero lo que el rey sentía más al abandonar á Nápoles era su pesebre ó nacimiento que dejaba sin concluir.

Fuera de la ciudad esperaba al rey un coche, en el que entró con el duque de Ascoli, el general Mack y el marqués de Malaspina, y fueron á Caserta, donde debía reunírseles dos horas después la reina, la familia real y los íntimos de la corte para permanecer juntos hasta el día siguiente, en el que debían entrar realmente en campaña.

### CAPÍTULO XIII

#### Algunas páginas de historia

Aunque no sea nuestra intención hacernos el historiador de esta campaña, menester será que sigamos al rey Fernando en su marcha triunfal, al menos hasta Roma, y narremos los sucesos más importantes de esta marcha.

El ejército del rey de las Dos Sicilias había tomado de antemano posiciones acantonándose. Estaba dividido en tres cuerpos: 22,000 hombres acampaban en San Germano, 16,000 en los Abruzzos, 8,000 en la llanura de Sessa, sin contar, 6,000 hombres en Gaeta, dispuestos á ponerse en marcha, como retaguardia, á los primeros pasos que los tres cuerpos dieran hacia adelante, y otros 8,000 prontos á darse á la vela para Liorna, á las órdenes del general Naskell. El primer cuerpo debía marchar á las órdenes del rey en persona, el segundo á las del general Micheroux, y el tercero á las del general de Damas.

Ya hemos dicho que Mack conducía el primer cuerpo.

Eran, pues, 52,000 hombres, sin contar los de Naselli, los que marchaban contra Championnet y sus 9 ó 10,000 hombres.

Después de tres ó cuatro días pasados en el campamento de San Germano, durante los cuales la reina y Emma Lyonna, vestidas ambas de amazonas y montando fogosos caballos, para mostrar su destreza, revistaron el primer cuerpo del ejército y exaltaron su entusiasmo, regalando buenas palabras y graciosas sonrisas á los oficiales y paga doble y ración de vino á los soldados, separáronse augurando la victoria; y mientras que la reina, Emma Lyonna, William Hamiltón, Horacio Nelsón y los embajadores y los barones invitados á aquellas marciales fiestas volvían á Caserta, el ejército, dada la señal, se puso en marcha en el mismo día y hora por tres puntos diferentes.

Hemos visto las órdenes dadas por el general Macdonald en nombre del general Championnet, el día en que introdujimos á nuestros lectores en el palacio Corsini, haciéndoles presenciar la llegada del embajador francés y del conde de Ruvo. Nuestros lectores deben recordar que estas órdenes eran de abandonar todas las posiciones al acercarse los

napolitanos; así pues, no les sorprenderá ver, ante el rey Fernando, emprender la retirada todo el ejército francés.

El general Micheroux, que formaba el ala derecha con 10,000 soldados, atravesó el Tronto, arrolló la escasa guarnición francesa de Ascoli, y por la vía Emilia, tomó la dirección de Porto de Fermo. El general Damas, que formaba el ala izquierda, siguió la vía Apia, y el rey, que conducía el centro, partió de San Germano, y conforme lo había decidido Mack en su plan de campaña, marchó por el camino de Ceperano y Frosinone.

El cuerpo de ejército del rey llegó á Ceperano á las nueve de la mañana, y el rey se apeó para almorzar en casa del síndico. Concluido el almuerzo, el general Mack, á quien el rey concedía el honor de sentarse á su mesa desde que salieron de San Germano, le pidió permiso para llamar á su ayudante de campo el comandante Ulrico Riescach.

Era este un joven austriaco, de veintiséis á veintiocho años, y persona de excelente educación, que hablaba el francés como su lengua nativa y llevaba con elegancia el uniforme. Entró en el comedor, y saludó respetuosamente primero al rey y después al general.

— Señor, dijo Mack, es cosa acostumbrada en la

guerra, y sobre todo entre personas bien educadas, advertir el enemigo á quien se va á atacar; creo, por lo tanto, de mi deber anunciar al general republicano que vamos á atrever la frontera.

— ¿Decís que es costumbre en la guerra? preguntó el rey.

— Sí, señor.

— Entonces, avisadle, general, avisadle.

— Además, advirtiéndole que marchamos contra él con fuerzas imponentes, tal vez abandonará sus posiciones.

— ¡Ah! eso sí que sería una galantería de su parte.

— ¿Vuestra Majestad me da pues su permiso?

— ¡Yo lo creo, pardiez! sí lo permito.

Mack volvió la silla, apoyó el codo en la mesa, y dijo al comandante Ulrico:

— Sentaos y escribid.

Obedeció el comandante y tomó la pluma.

— Escribid, añadió Mack, con la mejor letra posible; porque puede suceder que el general republicano á quien nos dirigimos no sepa leer de corrido. Esos señores no son muy sabios, generalmente hablando, continuó Mack; y no quiero que, si se obstina en no retirarse, pueda decir que no me ha comprendido.

— Creo que Vuestra Excelencia no tiene que temer con respecto á eso, replicó el joven, si esta carta se dirige al general Championnet; porque he oído decir que es uno de los hombres más letrados del ejército francés. No obstante, estoy dispuesto á ejecutar las órdenes de Vuestra Excelencia.

— Es lo mejor que podéis hacer, replicó Mack picado de la observación del joven y haciéndole una señal imperativa.

El comandante se dispuso á escribir.

— ¿Me permite V. M. redactar la carta? preguntó Mack al rey.

— Cierto que sí, replicó el rey; pues si yo mismo escribiera á vuestro general ciudadano, por letrado que fuera, no tendría poco trabajo en comprenderme.

— Escribid, dijo Mack.

Y dictó la carta ó ultimátum siguiente, que ningún historiador ha publicado y que reproducimos de la copia oficial mandada á la reina: como nuestros lectores verán, es un modelo de impertinencia y de orgullo.

« Señor general: os declaro que el ejército siciliano, que tengo el honor de mandar bajo las órdenes del rey en persona, acaba de atravesar la

frontera para tomar posesión de los Estados romanos, revolucionados y usurpados después de la paz de Campo-Formio, revolución y usurpación que no han sido reconocidas por S. M. siciliana ni por su augusto aliado el emperador de Austria. Pido, pues, que sin la menor dilación hagáis volver á la república cisalpina las tropas francesas que se encuentran en los Estados romanos, y que evacuéis del mismo modo las plazas fuertes que ocupáis.

» Los generales comandantes del ejército de S. M. siciliana tienen órdenes perentorias de no romper las hostilidades en los puntos en que las tropas francesas se retiren ante mi intimación; pero emplearán la fuerza en el caso de resistencia.

» Os declaro además, ciudadano general, que consideraré como un acto de hostilidad la entrada de las tropas francesas en el gran ducado de Toscana. Espero me contestaréis sin dilación, y os suplico que me enviéis de vuelta al comandante Riescach, portador de la presente, cuatro horas después de recibirla. La respuesta deberá ser positiva y categórica. En cuanto á la demanda de evacuar los Estados romanos y de no poner el pie en los del gran duque de Toscana, sabed que una respuesta negativa será considerada como una declaración de guerra por nuestra parte, y S. M.

siciliana sabrá sostener con las armas en la mano las justas demandas que yo os dirijo en su nombre.

» Tengo el honor, etc. »

— He concluido, mi general, dijo el comandante.

— ¿ Tiene el rey alguna observación que hacer? preguntó Mack á Fernando.

— ¿ No sois vos el que firma? dijo el rey.

— Sin duda, señor.

— Pues bien, ¿ entonces?...

Y concluyó el sentido de su frase encogiéndose de hombros, como si dijera: « Haced lo que mejor os parezca. »

— Además, dijo Mack, nosotros, hombres de título y de raza, no debemos hablar de otro modo á esos republicanos *sin calzones*.

Y diciendo esto, tomó la pluma de manos del comandante, firmó, y devolviósela, añadiendo:

— Ahora poned la dirección.

— ¿ Queréis dictarla como el resto de la carta, mi general? preguntó el comandante.

— ¿ Ahora salimos con que no sabéis poner un sobrescrito?

— No sé si debo poner *Señor general ó ciudadano general*.

— Poned *ciudadano*, dijo Mack. ¿ Por qué dar

á esas gentes otro título que el que toman?

El joven escribió el sobre, cerró la carta y se levantó.

— Ahora, comandante, dijo Mack, montad á caballo y llevad esta carta lo más pronto posible al general francés. Le concedo, como veis, cuatro horas para tomar una resolución. Esperad ese tiempo, pero ni un momento más. En cuanto á nosotros, continuaremos la marcha, y es probable que á la vuelta nos encontréis entre Agnani y Valmonte.

El joven se inclinó ante el general, saludó respetuosamente al rey y partió á cumplir la orden.

Las avanzadas francesas que encontró en Frosinone lo detuvieron; pero cuando dijo quién era al general Duhesme, que dirigía la retirada en aquel puesto, y le enseñó el despacho que debía entregar á Championnet, el general dió orden de que le dejaran pasar. El mensajero continuó su camino, sin encontrar obstáculo hasta Roma, donde llegó á las nueve y media de la mañana.

En la puerta de San Juan volvieron á detenerle; pero mostrando el despacho de que era portador al oficial de guardia, éste lo hizo acompañar por un soldado al palacio del general.

Acababa Championnet de dar un paseo por las

murallas, ó por mejor decir, alrededor de las murallas, con su ayuda de campo Thiebaut, quien, después de Salvato, era el oficial que más quería, y con el general de ingenieros Eblé, llegado dos días antes. En la puerta del palacio Corsini encontró un campesino que le aguardaba, y que por su traje parecía procedente de la antigua provincia de Samnium.

Apeóse el general, y se le acercó, comprendiendo á primera vista que era á él á quien buscaba. Thiebaut quiso detener á Championnet, pues los asesinatos de Basseville y de Duphot estaban todavía presentes en su memoria; pero el general apartó á su ayudante y adelantóse hacia el campesino.

— ¿ De dónde vienes? le preguntó.

— Del Mediodía, contestó el samnita.

— ¿ Traes contraseña?

— *Nápoles y Roma.*

— ¿ Tu mensaje es verbal ó escrito?

— Escrito.

Y le presentó una carta.

— ¿ Siempre de la misma persona?

— No lo sé.

— ¿ Esperas respuesta?

— No.

Championnet abrió la carta, que llevaba la fecha de cinco días antes, y leyó :

« Sigue la mejoría; el herido se levantó ayer por vez primera, y dió vueltas por la habitación, apoyado en el brazo de la *hermana de caridad*. Como no cometa alguna imprudencia grave, puede responderse de su vida. »

— ¡ Ah ! ¡ bravo ! exclamó Championnet.  
Y volviendo á la carta, continuó :

« Han hecho traición á uno de los nuestros; créese que está encerrado en el fuerte de San Telmo; pero si hay que temer por su persona, nada debemos temer por nosotros: porque es un muchacho de corazón que antes se dejaría hacer trizas que decir una sola palabra.

» Dícese que el rey y el ejército salieron ayer de San Germano: el ejército se compone de 52,000, hombres, 30,000 de los cuales van á las órdenes del rey; 12,000 á las de Micheroux, y 10,000 á las de Damas; sin contar 8,000 que salen de Gaeta conducidos por el general Naselli y escoltados por Nelson y una parte de la escuadra inglesa, para desembarcar en Toscana.

» El ejército lleva consigo un parque de cien cañones y está abundantemente provisto de todo.

» Libertad, igualdad y fraternidad. »

« P. D. — La contraseña del próximo mensajero será *San Angelo y San Telmo*. »

Championnet buscó con la vista al campesino, pero había desaparecido. Entonces, alargando la carta al general Eblé, y haciéndole seña de entrar en palacio, le dijo:

— Tomad, Eblé, leed esto; hay ahí como se dice entre nosotros, para tragar á dos carrillos.

Luego añadió dirigiéndose á su ayudante de campo:

— Lo principal es que nuestro amigo Salvato Palmieri mejora de día en día; y el que me escribe, que me parece es un médico, me responde ahora de su vida. Por lo demás, me parece que están bien organizados en aquella tierra: esta es la tercera carta que recibo por mensajeros diferentes; cada cual muda de contraseña y no aguarda respuesta alguna.

Volviéndose entonces al general Eblé, preguntóle:

— Y bien, Eblé, ¿ qué decís á esto ?

— Digo, respondió entrando en la sala que ya conocemos por haber visto en ella á Championnet discutiendo con Macdonald sobre la grandeza y la decadencia de los romanos, digo que cincuenta y dos mil soldados y cien cañones es un bonito número. Y vos, ¿ cuántos cañones tenéis?

— Nueve.

— ¿ Y hombres?

— Once ó doce mil, y todavía el Directorio escoge justamente el momento actual para pedirnos tres mil á fin de reforzar la guarnición de Corfou.

— Pero, mi general, dijo Thiebaut, yo creo que en las circunstancias en que nos encontramos, y que el Directorio ignora, podéis negaros á obedecer semejante orden.

— ¡ Psé! dijo Championnet. ¿ No creéis, Eblé, que en una posición buena, fortificada por vos, nueve ó diez mil franceses podrán hacer frente á cincuenta y dos mil napolitanos, sobre todo, mandados por el general barón Mack?

— ¡ Oh! general, dijo riendo Eblé, yo sé que nada os es imposible; y además, conozco mejor que vos á los napolitanos.

— ¿ Y dónde los habéis conocido? Medio siglo hace que, excepto en Tolón, y vos no estabais allí, no se han oído sus cañones.

— Cuando yo no era más que teniente, replicó Eblé, hace doce años, fui á Nápoles con Augereau, que no era más que sargento, acompañando al señor barón de Salis.

— ¿ Y qué diablos ibais á hacer á Nápoles?

— Íbamos, por orden de la reina y de sir Actón, á organizar el ejército á la francesa.

— Mala noticia me dais, Eblé; si tengo que habérmelas con un ejército organizado por vos y por Augereau, las cosas no irán tan fácilmente como yo creía. El príncipe Eugenio decía, al saber que un ejército iba contra él y en la incertidumbre del general que lo mandaba: « Si es Villeroy, le *batiré*; si es Beaufort, nos *batiremos*; si es Catinat, me *batirá*. » Yo podría decir otro tanto.

— ¡ Oh! tranquilizaos. Yo no sé qué disputa surgió entonces entre el barón de Salis y la reina; pero el hecho fué que, después de un mes de estancia, nos pusieron á la puerta, reemplazándonos con instructores austriacos.

— ¿ Pero permanecisteis en Nápoles durante un mes?

— Un mes ó seis semanas, no me acuerdo bien.

— Entonces estoy tranquilo, y comprendo por qué el Directorio os manda aquí, suponiendo que no habréis perdido vuestro tiempo.

— No, en verdad; porque lo pasé estudiando la ciudad y sus alrededores.

— No me atrevo á asegurar que eso pueda sernos útil; pero, ¿quién sabe?

— Entretanto, Thiebaut, continuó el general, como el enemigo puede estar aquí en tres ó cuatro días, y no entra en mi plan oponerme á su marcha, dad orden que se dispare el cañonazo de alarma en el castillo de San Angelo; que toquen generala y que la guarnición se reúna en la plaza del Pueblo á las órdenes del general Mathieu Maurice.

— Allá voy, mi general.

El ayudante salió sin mostrar la menor extrañeza y con la obediencia que caracteriza á los oficiales destinados al mando; pero volvió á entrar al momento.

— ¿Qué hay? le preguntó Championnet.

— Mi general, un ayudante del general Mack solicita veros, diciendo que trae para vos un despacho importante.

— Que entre, dijo Championnet, que entre. Nunca se debe hacer esperar á los amigos, y á los enemigos mucho menos.

El comandante entró á tiempo de oír las últimas palabras del general, y sonriendo, saludó con gracia y cortesanía. Thiebaut transmitía al mismo

tiempo al oficial de servicio las tres órdenes que acababa de darle Championnet.

— Á vuestros amigos, dijo el recién llegado, les ha ido siempre muy bien con vuestras máximas, general, y muy mal á vuestros enemigos. Tratadme pues, como amigo.

Championnet se adelantó, y, tendiéndole la mano, le dijo:

— Bajo mi techo, caballero, no hay enemigos, sino huéspedes; sed pues bien venido, siquiera me trajeseis la guerra bajo los pliegues de vuestra capa.

El joven saludó de nuevo y entregó al general en jefe el despacho de Mack.

— Si no es la guerra, dijo, es algo que se le parece mucho.

Championnet abrió la carta y leyóla sin que un solo movimiento de su rostro revelase la impresión que le producía. En cuanto al mensajero, sabiendo lo que el despacho contenía, puesto que él lo había escrito, y no aprobando ni su forma ni su fondo, seguía con ansiedad la mirada del general, mientras éste recorría una á una las líneas del despacho. Llegado á la última, Championnet sonrió y metióse el despacho en el bolsillo.

— Caballero, dijo dirigiéndose al joven mensajero, el honorable general Mack me dice que debéis



pasar cuatro horas conmigo, por lo cual le doy las gracias, y os advierto que no os perdono ni un minuto.

Y diciendo esto sacó su reloj.

— Son las diez y cuarto de la mañana; á las dos y cuarto de la tarde estaréis libre. Thiebaut, dijo á su ayudante que acababa de entrar, después de transmitir las órdenes de su general, este caballero nos hace el honor de comer con nosotros.

— General, balbuceó el comandante admirado, y más que admirado confuso al ver la finura con que trataban á un hombre portador de carta tan poco fina; en verdad no sé...

— ¿Si debéis aceptar el almuerzo de unos pobres diablos que carecen de todo, cuando dejáis la mesa real suntuosamente servida? dijo Championnet riendo. Aceptad, comandante, aceptad. Nadie muere, aunque sea Alcibiades en persona, por haber comido, una vez por casualidad, el negro pisto de Licurgo.

— Dejad entonces, replicó el ayudante del general Mack, que os dé doblemente las gracias por la invitación y por las circunstancias en que la hacéis. Tal vez voy á participar de la comida de un espartano; pero sólo un francés podría tener la cortesía de ofrecérmela.

— General, dijo Thiebaut volviendo, el almuerzo está servido.

## CAPÍTULO XIV

### La diplomacia del general Championnet

Championnet invitó al comandante Ulrico á entrar el primero en el comedor y le designó su puesto entre el general Eblé y el suyo. Sin ser el de un sibarita, el almuerzo no era tampoco el de un espartano, sino un término medio entre ambos; y gracias á la bodega du Su Santidad Pío VI, los vinos eran inmejorables.

En el momento en que se sentaban á la mesa se oyó un cañonazo y después otros dos.

El comandante se estremeció al oír el primero, escuchó el segundo y pareció indiferente al tercero.

Y no preguntó nada.

— ¿Habéis oído, comandante? dijo Championnet viendo que su huésped guardaba silencio.

— He oído, general, pero os confieso que no lo entiendo.

— Es el cañonazo de alarma.

Casi al mismo tiempo empezó á oirse el toque de generala.

— ¿Son tambores? preguntó sonriendo el oficial austriaco.

— Es la generala.

— Me lo figuraba.

— ¡Diablo! ya comprenderéis que después de la carta que me ha hecho el honor de escribirme el general Mack... Supongo que conocéis su contenido.

— Soy yo quien la ha escrito.

— Tenéis una hermosa letra, comandante.

— Pero es el general Mack quien la ha dictado.

— Tiene muy buen estilo.

— ¿Pero en qué consiste?... continuó el joven, oyendo tronar el cañón y tocar la generala, ¿son brujos vuestras cajas y cañones, que han adivinado el objeto de mi visita?

— Á nuestros cañones, sobre todo, les haría bastante falta el serlo; porque, como sabéis, no son más que nueve, y no sé yo cómo podrán responder á los saludos de los ciento que acompañan á vuestro rey. ¿Otra costilla, comandante?

— Con mucho gusto, general.

— No, mis cañones no se disparan por sí solos, ni mis tambores suenan sin que nadie los toque; yo

había dado órdenes antes de tener el honor de veros.

— Entonces, ¿estabais advertido de nuestra marcha?

— ¡Oh! yo tengo un demonio familiar como Sócrates; yo sabía que el rey y el general Mack habían salido hace seis días, es decir, el lunes último, de San Germano con 30,000 hombres; Micheroux, de Aguila, con 12,000, y Damas, de Sessa, con 10,000; sin contar el general Naselli y sus 8,000 hombres que, escoltados por el ilustre almirante Nelsón, deben desembarcar en este momento en Liorna, con objeto de cortarnos la retirada á Toscana. ¡Oh! el general Mack es un gran estrategista; toda Europa lo sabe. Ahora bien, ya comprenderéis, como yo no tengo en junto más que 12,000 hombres, de los cuales me pide 3,000 el Directorio para reforzar la guarnición de Corfou... Y á propósito, Thiebaut, dijo Championnet, ¿habéis dado la orden de que esos 3,000 hombres marchen á Ancona para embarcarse allí?

— No, mi general, respondió Thiebaut; pues sabiendo, como vos mismo habéis dicho, que no teníamos más que 12,000 hombres, he vacilado en disminuir más vuestras fuerzas con esos 3,000 hombres.

— ¡Bueno! dijo sonriendo con su serenidad ordinaria el general Championnet, habéis olvidado, Thiebaut, que los espartanos no eran más que trescientos; siempre sobra gente para morir. Dad la orden, mi querido Thiebaut, y que partan al instante.

Thiebaut se levantó y salió.

— Tomad un alón de este pollo, comandante, dijo Championnet; no coméis nada. Escipión, que es á un mismo tiempo mi intendente, mi ayuda de cámara y mi cocinero creerá que no os gustan sus guisados, y se va á morir de pena.

El joven que, en efecto, se había interrumpido para escuchar al general, siguió comiendo; pero manifiestamente turbado de aquella gran serenidad de Championnet, que empezaba á tomar por un lazo.

— Eblé, continuó el general, en seguida que concluyamos de almorzar y mientras que pasamos con el mayor Riescach la revista de la guarnición de Roma, os adelantaréis y os mantendréis en disposición de cortar el puente de Tívoli sobre el Tevere y el puente de Borghetto sobre el Tíber, en el momento en que las tropas francesas hayan atravesado ambos ríos.

— Sí, general, dijo simplemente Eblé.

El joven comandante miró á Championnet.

— Un vaso de este vino de Albano, comandante, dijo Championnet; es de la bodega de Su Santidad, y los aficionados lo celebran mucho.

— ¿Entonces, general, dijo Riescach bebiendo el vino á sorbos, nos abandonáis Roma?

— Sois un hombre de guerra harto experimentado, querido comandante, respondió Championnet, para no saber que en 1799 y bajo el gobierno del ciudadano Barras, no se defiende una ciudad fortificada en 274 por el emperador Aureliano. Si el general Mack viniese á mi encuentro con las flechas de los Partos, las hondas de los Baleares, ó aunque fuera con aquellas famosas cabezas de carnero de Antonio, que tenían setenta y cinco pies de largo, yo me aventuraría; pero contra los cien cañones del general Mack, sería una locura.

Thiebaut entró de nuevo.

— Vuestras órdenes están cumplidas, general, dijo.

Championnet le dió las gracias.

— Sin embargo, continuó el general Championnet, no abandono á Roma completamente; no, Thiebaut se encerrará con quinientos hombres en San Angelo. ¿Qué te parece, Thiebaut?

— Si vos lo mandáis, muy bien.

— Y no os rendiréis bajo ningún pretexto.

— Estad tranquilo.

— Vos mismo escogeréis la gente; y no dejaréis de encontrar quinientos hombres que sabrán morir por el honor de la Francia.

— De seguro que no será difícil.

— Hoy mismo partiremos.

— Disimulad, comandante, si me ocupo así en vuestra presencia de nuestros asuntillos; pero vos sois del oficio y sabéis lo que esto. — Hoy partimos, Thiebaut, y sólo os pido que os sostengáis veinte días, al cabo de los cuales estaré yo de vuelta.

— ¡Ah! no os preocupéis por eso, general; lo mismo da que tardéis veinte que treinta.

— Sólo necesito veinte, y os doy mi palabra de honor que no cumplirán sin que venga á libertaros. Eblé, continuó el general, vos os reuniréis conmigo en Civita-Castellana; la posición es buena, y en ella me concentraré. Sin embargo, no será malo hacer algunas obras avanzadas. — Vos continuáis dispensándome, ¿no es verdad, mi querido comandante?

— General, os repetiré lo que os decía hace poco mi colega Thiebaut, estad tranquilo.

— Ya lo veis, soy de los que juegan á cartas vistas. Vos tenéis sesenta mil hombres, cien cañones

y tantas municiones, que no sabéis dónde meterlas, mientras que yo, si no me manda Joubert los tres mil hombres que le he pedido, no tengo más que nueve mil soldados, nueve cañones con quince mil balas y dos millones de cartuchos de fusil. Ya comprendéis que con semejante inferioridad, es preciso tomar precauciones.

Y como mientras lo escuchaba, el comandante olvidaba su café, el general le dijo:

— Bebed el café caliente, comandante. Escipión cifra su amor propio en el café, y encarga que se tome hirviendo.

— En efecto, es excelente, respondió el comandante.

— Entonces apurad vuestra taza, mi joven amigo, y si gustáis, montaremos á caballo y pasaremos revista á la guarnición, y Thiebaut escogerá sus quinientos hombres.

Acabó su taza el comandante Riescach, levantóse, y significó, inclinándose, que estaba pronto á marchar.

Escipión se adelantó, y dijo:

— Parece que nos vamos, mi general.

— Sí, mi querido Escipión, ya sabes que en nuestro diablo de oficio nunca se está seguro de nada.

— Entonces, mi general, es preciso hacer los baúles, embalar los libros y enrollar mapas y planos.

— Nada de eso; deja cada cosa como está, que ya la encontraremos á la vuelta. — Mi querido comandante, continuó Championnet colgándose el sable, creó que el general Mack hará bien en alojarse en este palacio. Aquí encontrará una buena biblioteca y excelentes planos. Recomendadle mis libros y mis mapas, que estimo en mucho, y que le presto, como este palacio, poniéndolos bajo vuestra salvaguardia. Este alojamiento será para él tanto más cómodo cuanto que enfrente, como veis, está el inmenso palacio Farnesio, donde probablemente se alojará el rey. De ventana á ventana podrá éste telegrafiar con su general en jefe.

— Si el general habita este palacio, respondió el joven, puedo responderos de que le será sagrado cuanto os ha pertenecido.

— Escipión, dijo el general, pon un uniforme y seis camisas en la maleta, y colócala á la grupa del caballo. En cuanto concluya la revista, emprendemos la marcha.

Cinco minutos después, las órdenes de Championnet estaban ejecutadas, y cuatro ó cinco caballos esparaban sus jinetes en la puerta del

palacio Corsini. El joven comandante buscó entre ellos el suyo; pero no lo vió. El palafrenero del general le presentó otro de refresco, con sus pistolas en las pistoleras. Ulrico dirigió á Championnet una mirada interrogadora.

— Vuestro caballo está cansado, dijo el general; dadle el tiempo de descansar, que ya lo encontraréis más fresco en la plaza del Pueblo.

El comandante saludó como para dar las gracias, y montó á caballo. Eblé y Thiebaut hicieron otro tanto, y una pequeña escolta, entre cuyos valientes descollaba nuestro antiguo amigo el sargento Martín, siguió al general. Escipión, á quien retenían los cuidados domésticos, debía alcanzarlos después.

El palacio Corsini, en el que, y sea dicho de paso, murió Cristina de Suecia, está situado á la orilla derecha del Tíber; extendiendo la mano se toca desde él, al otro lado de la vía Lúngara, el gracioso edificio de la Farnesina, inmortalizado por Rafael.

El general y su acompañamiento subieron por la orilla derecha del Tíber la vía Lúngara; el mayor Ulrico iba á un lado del general, y Eblé al otro, y Thiebaut, un poco detrás, servía de lazo de unión entre el grupo principal y la escolta.

Marcharon silenciosos algunos pasos, hasta que Championnet tomó la palabra.

— Lo que hay de maravilloso, dijo, en esta tierra romana, es que por todas partes se marcha sobre la historia antigua ó la de la Edad media. Mirad, añadió extendiendo la mano en la dirección opuesta al Tiber, sobre aquella colina está San Onofre, donde murió el Tasso.

Murió arrebatado por la fiebre en el momento en que Clemente VIII le llamaba á Roma, para coronarlo solemnemente. Diez años después, el mismo papa encerraba allí, á nuestra derecha, en la prisión de Sabella, á la famosa Beatriz Cenci. En la orilla derecha del Tiber, en frente de San Angelo, os mostraré los restos de la prisión de Tordinone, donde estaban encerrados sus hermanos. Por misericordia particular de Su Santidad sólo fué condenada á que le cortaran la cabeza; mientras su hermano Santiago fué, antes de ser conducido al cadalso, al pie del cual debía encontrarse con su hermana, paseado por toda la ciudad en la misma carreta que el verdugo, quien durante esta carrera le arrancaba la carne del pecho con tenazas, y todo por vengar la muerte de un infame que había asesinado á dos de sus hijos, violado á su hija y que no pudo escapar á la justicia sino cubriendo á

sus jueces con una lluvia de oro. Clemente VIII acarició por un momento la idea de perdonar á la familia Cenci, cuyo único crimen consistía en haber desempeñado el oficio de verdugo; pero desgraciadamente para Beatriz, en aquel tiempo el príncipe de Santa Cruz mató á su madre, especie de Mesalina que deshonraba con sus lacayunos amores el nombre paternal.

Espantado el Papa al ver más moralidad en los hijos que en los padres, más justicia en los asesinos que en los jueces, quiso poner remedio cortando la cabeza en el mismo cadalso á Beatriz, sus dos hermanos y su suegra.

Desde aquí podéis ver, al otro lado del Tiber, la plaza de la ejecución. La tradición pretende que Clemente VIII la presencié desde una ventana del castillo de San Angelo, al que subió por esta larga galería cubierta que veis á la izquierda, y que fué construída por Alejandro VII, para tener en caso de sitio ó de revolución, medio de abandonar el Vaticano y de refugiarse en el castillo. Él mismo se sirvió de ella más de una vez para visitar los cardenales que encerraba en la tumba de Adriano, á los que mandaban estrangular después de haberles forzado á hacer testamento en su favor.

— Sois un admirable cicerone, general, y siento no

poder pasar en vuestra compañía cuatro días en lugar de cuatro horas.

— Cuatro días sería bien poco para este maravilloso país. Después de cuatro días pediríais cuatro meses, y después de cuatro meses cuatro años. Toda la vida de un hombre no bastaría para formar la lista de los recuerdos que encierra la antigua ciudad con tanta razón llamada eterna.

Las reflexiones que asaltaban la mente de Championnet extinguieron la voz en sus labios, y ninguno se atrevió á interrumpir su silencio, en medio del cual marcharon desde el puente triunfal hasta el de San Angelo, que atravesaron para pasar á la orilla derecha del río.

En medio del puente, sin embargo, aun á riesgo de ser indiscreto, dijo el joven al general :

— ¿ No es la tumba de Adriano esta que dejamos detrás ?

Championnet miró en torno suyo como quien sale de un sueño.

— Sí, respondió, y este puente fué sin duda construído para conducir á ella. En ese monumento debe encerrarse Thiebaut y no será el primer sitio que haya sostenido. He aquí la plaza donde fueron decapitados Beatriz y su familia. Volviendo á la izquierda podríamos marchar sobre el sitio

donde estuvo el Tordinone, y en esta plazuela en donde entramos ahora, está la posada del *Oso*, con la misma muestra que tenía cuando Montaigne se alojó en ella, aquel gran escéptico que tomó por divisa estas tres palabras *¿ qué sé yo ?* Era la última palabra del genio humano después de seis mil años. Dentro de otros seis mil tal vez vendrá otro escéptico que dirá : *¡ puede ser !*

— ¿ Y vos qué decís, general ?

— Yo digo que es el último de los gobiernos el que permite que en el centro mismo de esta ciudad se formen desiertos como el que veis á vuestra izquierda. Mirad, todos esos pantanos donde imperan las fiebres malignas, durante ocho meses del año, pertenecen al rey á quien servís ; es la herencia de Farnesio. Pablo III estaba bien lejos de pensar, al legar esos inmensos terrenos á su hijo el duque de Parma, que le legaba la fiebre. Decid á vuestro rey Fernando que sería obra digna, no sólo de un heredero piadoso, sino de un cristiano, el secar esos pantanos y ponerlo en cultivo, que de seguro le recompensarían con abundantes cosechas. Un puente construído aquí bastaría en tal caso para reemplazar en estos sitios la muerte con la vida. Mas para esto sería necesario un gobierno que se ocupase del bienestar del pueblo. Se

necesitaría realizar lo que vos venís á combatir, á pesar de ser hombre inteligente é instruído : se necesitaría la libertad. Ella vendrá algún día, y no temporal y accidentalmente como la que ahora traemos, sino hija inmortal del progreso y del tiempo. Mirad entretanto, mayor, esta callejuela á lo largo de esta iglesia, que es la de San Gerónimo. De esta callejuela salieron una noche á las dos cuatro hombres á pie y uno á caballo ; el último llevaba atravesado en la grupa de su montura un cadáver, cuyos pies colgaban de un lado y la cabeza del otro.

« — ¿ No véis nada ? preguntó el jinete.

» Dos miraron por la parte del castillo y otros dos por la de la plaza del Pueblo.

» — Nada vemos, respondieron.

» Entonces, el caballero se adelantó hasta la orilla del río, volvió su caballo de manera que la grupa diera sobre el borde de la tierra, y dos hombres tomaron el cadáver, uno por los pies, otro por la cabeza ; lo balancearon y lo lanzaron en medio de la corriente.

» Al sentir el ruido del cuerpo muerto que caía en el agua, el jinete se volvió preguntando :

» — ¿ Estamos listos ?

» — Sí, señor, respondieron los de á pie.

» El caballero se volvió.

» — ¿ Qué es lo que flota en el agua ? preguntó.

» — Señor, respondió uno de sus hombres, es la capa.

» Uno de ellos, cogió piedras y corrió á lo largo del río, arrojándolas sobre la capa, hasta que desapareció.

» — Todo va bien, dijo entonces el jinete.

» Y así diciendo dió á los de á pie un bolsillo, sacó su caballo á galope y desapareció. »

El muerto era el duque de Gandía ; el jinete, César Borgia. Celoso de su hermana Lucrecia, César acababa de asesinar á su hermano... Por fortuna, añadió Championnet, ya hemos llegado. La casualidad, vengadora de los reyes y del papado, os guardaba esta historia para la última, y como veis, no es la menos curiosa.

Y en efecto : el grupo que hemos seguido desde el palacio Corsini hasta la extremidad de Ripetta, desembocaba en la plaza del Pueblo, donde ya estaba formada en batalla la guarnición de Roma.

Componiase de tres mil hombres ; dos tercios franceses y uno polaco.

Al ver al general todos gritaron á una voz :

— ¡ Viva la República !



El general se adelantó hasta el centro de la línea, é hizo seña de que quería hablar.

— Amigos míos, dijo, me veo obligado á abandonar Roma; pero aunque me ausente no la abandonaré. El coronel Thiebaut queda en el fuerte de San Angelo con quinientos hombres, y le he dado palabra de volver dentro de veinte días, ¿os comprometéis conmigo?

— Sí, sí, sí; gritaron tres mil voces.

— ¿Palabra de honor? dijo el general.

— ¡Palabra de honor! respondieron todos.

— Ahora, continuó Championnet, escoged vuestros quinientos hombres, dispuestos á sepultarse en las ruinas de San Angelo, antes que rendirse.

— ¡Todos, todos! ¡todos estamos prontos! gritaron los soldados.

— Sargentos, gritó Championnet, salid de las filas y escoged diez hombres por compañía.

En diez minutos, cuatrocientos ochenta hombres estaban escogidos y formados aparte.

— Amigos, les dijo el general, os voy á confiar las banderas de los dos regimientos; nosotros volveremos á buscarlas: y mandó á los abanderados que pasaran á las filas de la guarnición de San Angelo.

Los abanderados obedecieron en medio de los gritos frenéticos de « ¡Viva Championnet, viva la República! »

— Coronel Thiebaut, continuó Championnet, jurad y haced jurar á vuestros hombres, que moriréis antes que rendiros.

Todos los brazos se extendieron y todas las voces gritaron:

— ¡Lo juramos!

Championnet se acercó á su ayudante.

— Abrazadme, Thiebaut, le dijo; si tuviera un hijo, sólo á él daría la gloriosa misión que os confío.

El general y su ayudante se abrazaron, en medio de las aclamaciones y de los vivas de la guarnición.

Las dos sonaron en la iglesia de Santa María del Pueblo.

— Comandante Riescach, dijo Championnet al joven mensajero, las cuatro horas han pasado, y aunque lo sienta, ya no tengo el derecho de reteneros.

El comandante miró hacia el lado de Ripetta.

— ¿Esperáis algo? le preguntó el general.

— General, estoy montado en uno de vuestros caballos.

— Hacedme el honor de aceptarlo, como recuerdo

de los cortos momentos que hemos pasado juntos.

— No aceptarlo, general, sería mostrarme menos cortés que vos. Os doy gracias, desde lo más profundo de mi alma.

Y así diciendo, se inclinó y llevó la mano al corazón.

— ¿Y qué debo decir al general Mack?

— Lo que habéis visto y oído; y añadiréis que el día que salí de París y me despedí del Directorio, el ciudadano Barras me puso la mano sobre el hombro y me dijo: « Si se declara la guerra, en recompensa de vuestros servicios, seréis el primer general que reciba de la República la misión de destronar un rey. »

— ¿Y qué habéis respondido?

— « Los deseos de la República se verán satisfechos, contad con mi palabra. » Y como á mi palabra no he faltado nunca, decid al rey Fernando que se asegure bien.

— Se lo diré, señor, respondió el joven comandante; porque con un jefe como vos y soldados como éstos, todo es posible. Y entretanto, general, dignaos indicarme el camino.

— Sargento Martín, dijo Championnet, tomad cuatro hombres y conducid á monsieur el comandante Riescach, hasta la puerta de San Juan, y

venid á alcanzarnos al camino de la Storta.

Los dos enemigos se saludaron por última vez; el comandante, guiado por el sargento y escoltado por cuatro dragones, salió al trote por la vía Babuino. El coronel Thiebaut y sus quinientos hombres subieron á San Angelo por Ripetta, y el resto de la guarnición y Championnet, al frente con su estado mayor, salieron de Roma, al son de cajas y clarines, por la puerta del Pueblo.